



XVII.

aliud vocabant nisi aut dicere, aut audire aliquid novi. Los tureos decían: ¡Fransouse! ¡Effendi! y fumaban sus pipas, que era lo mejor que podían hacer. Los griegos al vernos pasar levantaban las manos sobre sus cabezas y esciaban: ¡Kalós ilthetè Arehondes! ¡Bate kala eis palæo Athinan! Señores, bien venidos. Buen viaje á las ruinas de Atenas; y parecían tan orgullosos como si nos hubiesen dicho: “Vais á casa de Fidias ó de Ictino.” Me faltaba tiempo para mirar, y en todo creía ver antigüedades. Mr. Fauvel no hacía mas que verme observar trozos de escultura que servían de lindes, de paredes ó de pavimentos; me espantaban los pies, pulgadas y líneas que tenía cada uno de aquellos fragmentos, á qué género de edificios habían pertenecido con referencia á lo que decía Pausanias; cuáles eran las opiniones que sobre el particular habían seguido el abate Barthlemi, Spon, Wheler y Chandler, y cuáles eran en su concepto las mas seguras ó las mal fundadas. Nos deteníamos á cada paso, porque los genízaros y los muchachos del pueblo que caminaban delante, se detenían donde quiera que descubrían una moldura, una cornisa ó un capitel, y para saber si era bueno, procuraban observar los gestos de Mr. Fauvel, y si él sacudía la cabeza, ellos la sacudían también, y volaban á colocarse cuatro pasos mas lejos, delante de otra ruina. De este modo llegamos hasta fuera del recinto de la ciudad moderna, y tocamos por fin la parte del Oeste, que era precisamente la que me quería hacer observar Mr. Fauvel, á fin de proceder con orden en nuestras investigaciones.

Saliendo de en medio de Atenas moderna, y dirigiéndonos á Poniente, las casas están mas separadas, unas de otras, y luego se hallan grandes espacios deshabitados, comprendidas unas dentro de la cerca ó pared del recinto,

ENTREGA 18.

y otras fuera, en cuyos espacios se ven el templo de Teseo, Pnyx y el Areópago. No describiré el primero, porque ya se han hecho de él muchas descripciones, y se parece al Partenon; únicamente me permitiré comprenderlo en las reflexiones generales que debí hacer observando la arquitectura de los griegos. Este templo es el monumento mas bien conservado de Atenas, y despues de haber sido por mucho tiempo iglesia de San Jorge, sirve en el dia de almacén.

El Areópago estaba sobre una altura al Occidente de la ciudadela, y no es fácil comprender cómo se pudo levantar sobre una roca, en la que aun se ven ruinas, un monumento de alguna estension. Un vallecillo, llamado en la antigua Atenas *Celé* (hueco), separa la colina del Areópago de las del Pnyx y de la ciudadela. Veíanse en el *Celé* los sepulcros de los dos Cimones, de Tucídides y de Herodoto. El Pnyx, donde los atenienses celebraban al principio sus asambleas, es una esplanada sobre una escarpada roca, detrás del Lycabetto. Una muralla formada de enormes piedras, sostiene esta esplanada por el lado del Norte: al Mediodía se eleva una tribuna abierta en la piedra viva, á la que se sube por cuatro gradas practicadas tambien en la piedra. Advierto esto porque los antiguos viajeros no conocieron bien la forma del Pnyx. Lord Elgin hace pocos años hizo limpiar de escombros la colina y descubrió las gradas. Como aun no es aquella la cima de la roca, no se puede ver el mar hasta mas arriba de la tribuna, y de este modo se quitaba al pueblo la vista del Pireo, para que los oradores facciosos y turbulentos no le moviesen á temerarias empresas á vista de su poder y de sus naves.¹

¹ La historia varía en esto, pues otros suponen que los tiranos fueron los que obligaron á los oradores á volver la espalda al Pireo.

Los atenienses se colocaban sobre la esplanada, entre la muralla circular que indiqué al Norte y la tribuna al Mediodía.

En esta tribuna fué donde resonó la voz de Pericles, de Alcibiades y de Demóstenes, donde Sócrates y Focion hablaron al pueblo de mayor génio y menos juicio de toda la tierra. Allí fué sin duda donde se cometieron tantas injusticias y se pronunciaron fallos tan inicuos ó crueles. Allí tal vez se vió desterrar á Arístides, triunfar á Melito, condenar á muerte á todos los habitantes de una ciudad, y sentenciar á la esclavitud á todo un pueblo. Pero allí fué tambien donde célebres ciudadanos ostentaron toda su elocuencia, y desplegaron su energía contra los tiranos de su patria, donde triunfó la justicia, donde se oyó la verdad. "Hay un pueblo, decian los diputados de Corinto á los espartanos, que solo ansía novedades: pronto en pensar y pronto en ejecutar, su arrojo es superior á su fuerza. En los peligros á los que por lo comun se lanza sin reflexion, jamás pierde la esperanza: naturalmente turbulento, procura engrandecerse fuera de sus dominios; si vence, prosigue su victoria; si es vencido, no pierde tampoco su valor. ¡La vida no es para los atenienses una propiedad, porque fácilmente la sacrifican por su patria! Cuando no consiguen lo que que desean, creen que se les ha privado de sus legítimos bienes. Apenas se les frustra un deseo, conciben en seguida una nueva esperanza: realizan sus proyectos con la misma rapidez con que los forman: siempre atentos al porvenir, descuidan lo presente; es un pueblo, en fin, que ni conoce sosiego para sí, ni lo tolera en los demás."¹

¿Y qué ha sido de este pueblo? ¿dónde le hallaré? Tra-

¹ Thucyd., lib. I.

duciendo yo este pasaje en medio de las ruinas de Atenas, veía los minaretes de los musulmanes, y oía hablar de los cristianos. Pero yo iba á Jerusalem á recibir la respuesta á esta pregunta, y ya conocía las palabras de oráculo: *Dominus mortificat et vivificat; deducit ad inferos et reducit.*

Todavía era temprano, y así pudimos pasar del Pnyx á la colina del Museo. En esta colina se halla el monumento de Philopappo, que es de muy mal gusto; pero no es el sepulcro, sino la muerte lo que llama aquí la atención del viajero. Este desconocido Philopappo, cuyo sepulcro se ve desde tan lejos, vivía en tiempo de Trajano. Pausanias, desdeñándose de nombrarle, le llamo un *sirio*. Sábese por la inscripción de su estatua que era de Besa, aldea del Atica. Ahora bien, este Philopappo, que se llamaba *Antiochus-Philopappus*, era, sin embargo, el heredero legítimo de la corona de Siria. Pompello confinó en Atenas á los descendientes del rey Antioco, reduciéndolos á la clase de simples ciudadanos. Tal vez los atenienses, reconocidos á los beneficios de Antioco, trataron de minorar los males de aquella familia destronada; pero á lo menos consta que este Philopappo fué cónsul designado. La fortuna, haciéndole ciudadano de Atenas y cónsul de Roma, precisamente en una época en que nada valían estos títulos, parecía burlarse de aquel monarca sin cetro, y consolarle de un sueño con otro sueño, y mostrar en una sola cabeza que ella se ríe igualmente de la majestad de los pueblos y de la de los reyes.

El monumento de Philopappo nos sirvió como de observatorio para contemplar otras vanidades. Mr. Fauvel me hizo reparar en los diferentes sitios que ocupaban las murallas de la ciudad antigua; en las ruinas del teatro de Baco, en el árido cauce del Iliso, en el mar sin navíos y en

los puertos solitarios de Faleréo, de Munychia y del Pireo.

En seguida volvimos á Atenas, porque era ya de noche, y el cónsul mandó un recado de atención al comandante de la ciudadela, pidiéndole permiso para visitarla al día siguiente antes de amanecer. Fatigado del paseo, hacia ya algunas horas que dormía profundamente, cuando me despertó de pronto el tamboril y la gaita de los turcos, cuyos discordantes sonidos se exhalaban desde lo alto de los Propileos. Al mismo tiempo un imán turco gritó la hora en árabe á los cristianos de la ciudad de Minerva. Me es imposible pintar el efecto que todo esto produjo en mí, porque aquel imán no tenía necesidad de advertirme del paso rápido de los años, pues solo su voz repetida por aquellos ecos, me daba á conocer los siglos que habían desaparecido ya.

Esta inestabilidad de las cosas humanas es tanto mas sorprendente, cuanto que forma un contraste particular con la inmutabilidad de lo demás de la naturaleza. Como para burlarse de la poca duración de las sociedades humanas, hasta los mismos animales no experimentan ni trastornos en sus imperios, ni alteraciones en sus costumbres. Estando en la colina del Museo, había yo visto las cigüeñas formarse en batallones, y dirigir sus vuelos hacia los arenales del Atica.¹ Dos mil años ha hacían el mismo viaje, y han permanecido libres y felices, tanto en la ciudad de Solon, como en la del jefe de los eunucos negros. Desde lo alto de sus nidos, á los que no pueden alcanzar las revoluciones, han visto cambiar á sus piés la raza de los mortales; mientras que generaciones impías se elevan sobre los sepulcros de

¹ Véase casi todo el libro XV y las notas de los Mártires para tener una idea exacta de Atenas en general.

generaciones religiosas, las cigüeñas alimentan siempre á su anciano padre.¹ Hago estas reflexiones porque los viajeros aman las cigüeñas; porque así como ellos, conoce ella también en el cielo las estaciones.² Con frecuencia han sido estas aves mis compañeras de viaje en los bosques de América. Muchas veces las he visto encaramadas sobre el Wingwum de los salvajes, y cuando las he vuelto á hallar en otra especie de desierto, y sobre las ruinas de Partenon, no he podido dejar de hablar de mis antiguos amigos.

Al día siguiente 24, á las cuatro y media de la mañana, subimos á la ciudadela, cuya cumbre está cercada de murallas, parte antiguas, parte modernas: en otro tiempo había además otra muralla que cerraba su base. En el circuito que forman estas murallas, se encuentran aún las ruinas de los Propileos, y las del templo de la Victoria.³ Detrás de los Propileos, á la izquierda y hácia la ciudad, se ve el Pandroseo, el doble templo de Neptuno-Erechtheo y el de Minerva-Polias: en fin, en el punto más culminante del Acrópolis se eleva el templo de Minerva, y todo lo demás obstruido por los escombros de edificios antiguos y modernos, y por las tiendas, campamentos y barracas de los turcos.

El monte en que está la ciudadela puede tener en su cumbre unos ochocientos piés de largo y cuatrocientos de ancho; su forma es casi ovalada, cuya elipse se iría estrechando hácia el monte Hymetto; y parece un pedestal cortado espresamente para sostener los magníficos edificios que le decoraban.

1 Según dice Solino.

2 Jeremías.

3 El templo de la Victoria formaba el ala derecha de los Propileos.

Sin detenerme á dar la descripción particular de cada monumento, que los lectores pueden ver en las obras ya citadas, y sin repetir aquí lo que á cualquiera es fácil encontrar en otra parte, voy á hacer algunas reflexiones generales.

La primer cosa que llama la atención en los monumentos de Atenas, es su hermoso colorido. En nuestros climas, bajo una atmósfera pesada y lluviosa, la piedra del blanco más puro se tiñe de un color oscuro ó parduzco. Pero el cielo terso y el sol brillante de la Grecia, baña el mármol de Paros ó del Pentílico de un tinte dorado, semejante al de las espigas ya secas, ó de las hojas en otoño.

Encanta su proporción, su armonía y su sencillez, sin confundir un orden con otro orden, una columna con otra, una cúpula con otra cúpula. El templo de Minerva, por ejemplo, es, ó debió ser, un paralelógramo prolongado, adornado con un peristilo, y con un pronaos ó pórtico, y se eleva sobre tres gradas, que le circulan en derredor. Este pronaos ocupaba casi la tercera parte de la longitud total del edificio; el interior se dividía en dos naves separadas por una pared, y que solo recibían la luz por la puerta: en la una se veía la estatua de Minerva, hecha por Fidias; y en la otra se guardaba el tesoro de los atenienses. Las columnas del peristilo y del pórtico descansaban inmediatamente en las gradas del templo, pues no tenían base; eran estriadas y de orden dórico; su elevación era de cuarenta y dos piés, y de diez y siete y medio de circunferencia cerca de su base; el intercolumnio era de siete piés y cuatro pulgadas, y todo el edificio tenía doscientos diez y ocho piés de largo, y noventa y ocho y medio de ancho.

Los tríglifos del orden dórico señalaban los frisos del peristilo; las métopas ó cuadretes del mármol separaban los

triglifos entre sí. Fidias ó alguno de sus discípulos habia esculpido en estas métopas el combate de los Centauros y de los Lapitas. El friso de la cella estaba decorado con otro bajo-relieve, que acaso representaria la fiesta de las Panateneas. Algunas piezas de excelente escultura, pero del siglo de Adriano, época del renacimiento del arte, ocupaban los dos frontispicios del templo.¹ Las ofrendas votivas y los escudos quitados al enemigo cuando la guerra Médica, estaban colgados en la pared exterior del edificio: todavía se conserva la señal circular que estos últimos han dejado marcada en la arquitectura de la fachada que mira á la parte del monte Hymetto. Esto hacia presumir á Mr. Fauvel que la entrada del templo pudo muy bien estar hacia aquel lado, á pesar de la opinion general, que supone la entrada en la estremidad opuesta.² Entre estos escudos habia muchas inscripciones, cuyas letras serian probablemente de bronce, si hemos de juzgar por los agujeros que han dejado los clavos. Mr. Fauvel opinaba que estos clavos serian tal vez para sostener las guirnaldas; pero le hice admitir mi opinion, observando la disposicion regular de los agujeros. Iguales observaciones han bastado para res-

1 No puedo creer que Fidias dejase sin adornos los dos frontispicios del templo á la par que los habia prodigado en los dos frisos. Si el emperador Adriano y su mujer Salina se veian representados en uno de los dos frontispicios, seria tal vez porque los introducirian en lugar de otras figuras, ó mas bien, como suele suceder, no habrian hecho mas que cambiar las cabezas de los personajes. En fin, esto no era una baja adulacion de los atenienses; porque Adriano merecia este honor, por ser el bienhechor de las artes.

2 La idea es ingeniosa, pero no fundada: otras mil razones podian haber determinado á los atenienses á colgar los escudos en el lado que mira al monte Hymetto, no queriendo acaso echar á perder la fachada admirable del templo, recargándola con adornos estraños.

tablecer y leer la inscripcion de la Casa-Cuadrada de Nimes. Y estoy persuadido de que si los turcos lo permitiesen, se podria llegar tambien á descifrar las inscripciones del Partenon.

Tal era este templo, que ha sido tenido con razon por la obra maestra de la arquitectura, tanto entre los antiguos como entre los modernos. La armonía y concierto de todas sus partes se echa de ver aun en sus ruinas; porque seria formarnos de él una idea muy equivocada, si nos lo representásemos solo como un edificio pequeño, agradable y cargado de adornos á nuestro modo. Cuando queremos ser elegantes en nuestra arquitectura, somos mezquinos; cuando aspiramos á la majestad, somos pesados. Pero todo está bien calculado en el Partenon: el órden es dórico, y la poca elevacion de su columna presenta al instante la idea de la duracion y de la solidez; pero como esta columna, que además está sin base, pareciera pesada, el arquitecto Ictino recurrió á su arte; la hizo estriada, y la elevó sobre las gradas, introduciendo de este modo casi la ligereza del órden corintio en la gravedad dórica. Por único adorno no puso mas que los dos frontispicios y los dos frisos con escultura. El friso del peristilo se compone de cuadretes de mármol divididos con regularidad por un triglifo, y cada uno de estos cuadretes es positivamente una obra maestra: el friso de la cella domina como una venda ó faldon en lo alto de una pared maciza y compacta; y he aquí todo su adorno. ¡Cuánta distancia hay de esta sábia economía de ornatos, y de esta reunion feliz de sencillez, de fuerza y de gracia, á nuestra profusion de recortes cuadrados, largos, redondos y en rombos; á nuestras columnas delgadas y subidas sobre bases enormes, y á nuestros porches comunes y aplastados, que llamamos pórticos!